

Arquitrave



Rogelio Aguirre • Oriette D'Angelo • Cristina Gálvez
Cristina Gutiérrez • Diana Moncada • Jesús Montoya
Carlos Iván Padilla • César Panza • Isabella Saturno
Freddy Yance

JORDI DOCE

Llamada

*¿Quién llama en el silencio de la tarde?
¿Son las horas, tal vez, al deslizarse
sobre tu cuerpo como el agua,
como el agua que anhelas y te anhela
bajo el oscuro nudo de la luz?
¿O es acaso esa luz, que se debate
en el aire inflamado,
en el aire sin pulso ni reflejo que humea?
No, te equivocas.
Es tu cuerpo, el latido de tu cuerpo,
tan cerca de su centro
que la vida lo aturde,
como el arco y la diana
son uno y se confunden
tras la mano de sangre, tras el golpe de sangre
con que el asombro se dispara:
esplendor del suceso
que eres a cada instante.*

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

nº 68, Julio-Setiembre de 2017

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín, A. J. Ponte, C. Peri Rossi, D. Balderston, D. Cordero, G. Angulo, G. Álvarez Gardeazabal, J.C. Pastrana Arango, J. Prats Sariol, J. Saltzmann, L. A. de Villena, L. M. Madrid, M. Al-Ramli, P. F. Arango Tobón, R. Arraiz Lucca, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

ROGELIO AGUIRRE

Little Bastard

I

¿Por qué se cree invencible un hombre
al estar sobre monturas?
¿Quizá es el viento, el reajo del sol, el bramido de la tierra,
el escape grabado en su inocencia?, ¿quizá vio pasar por
un bosque al Padre retratado en la ausencia del ojo?
El ritmo abierto del galope lo despierta alejado de estos
corroídos ranchos, pam pam repetido como un apellido
inservible, aceras en otro país, desnudo,
desnudo como el caballo,
como la imprenta del caballo
inalcanzable con hedor a petróleo,
al residuo del petróleo. Diría que
encarcelados en la gota del paisaje
los edificios condenan mi devastada escuela.
La velocidad se saborea con paciencia:
no hay personas, ni frutos, ni árboles,
ni verdor en las montañas,
ni color en los semáforos;
solo queda el camino resquebrajado y ese nombre en la
cabeza: James Dean.
Regresar habría sido imposible, él bien lo sabe.
El asfalto es como un hombre vencido,
pequeño bastardo fulminante en la encrucijada del muerto.



Rogelio Aguirre

II

Disparados contra el atardecer americano recobramos los sentidos.

Ya era tarde, nuestros caballos gallardos tenían ojos de cementerio, lápidas inclinadas por el brillo de una imposible carrocería, creímos ser estruendos en el retrovisor, creímos ser inmunes a todo impulso lacerante del viento. Y huimos, huimos del entierro y de las cenizas. Nada queda, avanzamos desgarrando sombras, frágiles raíces separadas del mundo.

La urna está colgada al filo de las riendas.

III

¿Y qué si se repite, si se traiciona,
si conmueve los pasos de otra tierra?
¿Y qué si amanece golpeado contra el pavimento?
Al retroceder levantamos los ojos,
nos mezclamos a la espina del cerro, un pájaro se alza y ríe.

¿Quién soy para callarlo?

IV

James Dean yace escondido en la raíz del volante.
Contemplo el encanto del río.
Es mejor quitarse la chaqueta roja,
irse aunque nadie sepa lo que llevo
en la palabra enmarañada al brillo de un sol canela,
aunque comience el entierro, los dedos de Leticia, y vea
un hueco en la esperanza del ahogado, de Héctor,
del éxodo familiar en el patrimonio del diablo.

V

La curva del diablo acaricia la mejilla infantil de Rogelio, lo
llama a tomar el golpe del estribo,
a resistir la doctrina de San Cárcel como todo un hombre.
Él jamás podrá llevar las riendas
incrustadas al metal de sus rodillas.
Jamás podrá besar la mejilla de su padre.
Jamás podrá ser un padre.
Jamás podrá levantar la carta, la sentencia de su esclavitud.
Jamás podrá sentir la ausencia del mar en sus pulmones.
Jamás podrá levantarse.

Arrastraremos su cuerpo
y le daremos el nombre de Muriente.

El cementerio se inclina como la catorce.
Invicta levanto mis manos, grito mi apodo vacío.

-Dean acelera y lo recogen en la autopista,
-Me habría ido, señora,
cree que su hogar es una grieta,
pero encontré a Pedro llorando
dice que está manchado, con asco.
en la esquina, dicen que su rostro
-La cara de mi madre desapareció,
fue arrancado del cielo, y allá cantaba.
lloré, arranqué las páginas,

-Leticia eleva su mano, se despide dos
oré por su abismo. Hizo frío
tres años antes del choque. Sonaban
y no pude regresar,
los muertos en la mente del Padre.
partí hace mucho tiempo.
-Mi hijo, mi niña, la ingrata versión
-Héctor volvió nadando,
de mi sangre, ven y toca el la pluma de la infancia
labio seco tu hermana,
los condena al mismo destino.
es pálido como
-Las riendas gastadas
tu rostro.
de mi urna se rompen, Maritza sonrío y comprende que no
habrá otra muriente en el poblado.

Amigos, nos espera
la curva del diablo

Rogelio Aguirre (San Cristóbal, 1997), estudia Derecho en la Universidad Católica del Táchira. Algunos de sus poemas han sido publicados en la revista *Insilio* y en *Amanecemos sobre la palabra*, antología de poesía joven y reciente venezolana (2017).

VI

La página caerá como una lágrima lapidaria sobre la grama,
como un niño empujado del caballo,
insignificante bajo el sol.

Es aquí cuando usted escucha las voces,
los alaridos de un tiempo pasado plegado al cuerpo
y a su carga. Aquí han vibrado las piedras
como aullidos en el agua del pozo.

-El alias degollado

-Yo cabalgo los campos del Padre por el eco del cerro
y un sol clemente despierta a mis hermanas, me delata.

La página fallece

Ellas pierden el volante como la gota de Madre al saber
sin oír el remoto murmullo que su hijo se quedó solo en la
hoja del barranco, separada, en la calle ciega donde niños
Todo ha caído, sin ánimo descenden por la maceta del
hasta el brillo del infante, basural, ciudad del silencio
desmoronada en él pronto partirá mis pasos, hermanos
ilustres que arremangan encantado la mancha de luz y
destraban su manuscrito en la curva recorrido.

Yo, Muriente, busco mi realeza entre del demonio
que

los ruidos, espero el regreso de un hombre sin clama
victoria,

saber que los hombres de mi pueblo jamás en
la voz del Padre

vuelven del fuego ni del hambre. Una lágrima que
recuerda nuestra
de Madre procesada en el tribunal del trece. carretera
condenada
No sé qué ocurrió, solo vislumbre al
delirio, al mal,
mi nostalgia eterna y decidí al
sangrado de
cabalgar como un ese hijo
sin destino,

h sin temor
o y
m sin
b r
r e
t
o
r
n
o

VII

¿Por qué un hombre se siente invencible al marchar reemplazado por monturas?

¿Quizá el viento lacerante desgarrar su rostro y sus pupilas?,
¿quizá el reojo del sol destrona el cuero, disolviéndolo del hueso?

Se ha escuchado el bramido de Leticia bajo tierra, bajo el puente,
su escape inocente grabado en el joven que ha visto nacer como un sol

la memoria del bastardo. El ritmo se reescribe y se derroca como la palabra acelerada de Montoya, torcida de paz frente al habitual mutismo del Derecho, frente a las voces asonantes de la Católica guarnecida en el brillo de San Cárcel.

La cadencia deshilvana los artículos del infierno, heredan principios quebrados en la hondura del asfalto y me cuestiono, ¿cuál será nuestro camino?,
¿cuál será nuestra histeria de fúnebres balanzas llevadas hacia el camposanto?

No sé si quiero vivir en el pasado del lenguaje.
En verdad, no aspiro a condenar la vida, limitarla al símbolo.
No anhele tocar el matiz disuelto del origen.
Advierto, la hoja sucumbe al grito.
La tinta es una curva renunciada por las sombras.

ORINETTE D'ANGELO

Inanición

Uno tiene que enderezarse la decencia
dejar de rogar por ladridos ajenos
entender que hay amigos que siguen
otros que no

Revisar fotos viejas:
fórmula segura para sufrir

llorar de hambre
morir de inanición
por tanto cariño fracturado

reventarse los dientes
con mariposas hechas de barro

portarse bien es no insistir
en lo que duele



Oriette D'Angelo

Leucemia

Te dicen que tu madre morirá
te sientan en las piernas del sustituto y te explican
que tienes que ser fuerte
que los huesos comerán su carne
y su pelo caerá.

Te dicen
que todo estará bien
y te colocan frente a la mesa de los rezos.

Jugo de remolacha
(para prevenir destinos
no activar genes enfermos
—que ya tienes—
para que apretar los dientes
no duela tanto)
y tu madre encerrada espera que entiendas
que te quiere
que no te deja, aunque tengas ocho años
aunque no sea ella la que te explique
cómo se es mujer.

Y tu madre no muere
vive y canta y sueña y tiene el pelo largo
y se casa de nuevo y tiene un perro y se gradúa contigo

trabaja y compra regalos
regaña y aconseja
es fuerte y sangra, llora y se decepciona
y tu madre vive
te lo dicen varias veces
y vive
pero en el momento en que te explicaron
cómo se vivía sin ella
entendiste.

Oriette D'Angelo (Caracas, 1990) estudió Derecho en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). Editora de www.digopalabratxt.com, ha publicado *Cardiopatías* (2016), y seleccionó y prologó la antología de poesía venezolana *Amanecemos sobre la palabra* (2017). Estudia una maestría en Comunicaciones Digitales en DePaul University.

Afuera el grito

*But you will come to a place
Where the only thing you feel
Are loaded guns in your face*
Billy Joel | **Pressure**

Doscientos cincuenta y dos ecos se fugan de la casa
son materia, sangre acumulada en el espasmo
explosión de tubo de escape
socorro acumulado desde la disidencia

Aquí el silencio / afuera el grito
el amigo calcinado
afuera la «guarimba» que hace que la calle explote

En mí país
refugio significa explosión de bomba en cara

Suena
como un trayecto lejano
que no te toca —crees
que no mereces —crees
así suena el tumulto cuando ocurre
así

**guarimba: sitio donde las personas atacadas se refugian.*

casco rozando el suelo
bomba rozando el suelo
hueso rozando el suelo
con la onda
así el amigo muerto
amigo de entre los 252.073 que nadie consigue
252.073 obituarios
252.073 etiquetas en el pie
que marca el fin de año
como agujeros de una vida nueva

y el amigo desaparecido
el eco
casco apoyado contra el suelo
el eco

bomba friccionada
contra el suelo
hacia el suelo
por el suelo
desde el suelo

amigo muerto
amigo
que somos todos
aunque no queramos
aunque neguemos apoyar el oído en la pared para entender el
tiro
asomar la vista en la ventana
taparle los ojos al niño
y explicarle que hoy matarán a otro

y a otro
y a otro
que todo estará bien
él seguirá vivo
pero que se acueste en el piso porsiacaso
apretado
 contra el suelo
 hacia el suelo porsiacaso
 por el suelo
 desde el suelo
y así verlo crecer
desde la furia.

Pecho rasgado de munición

Te busco en el primer crujido
en la primera gota de sangre
que salta de tus labios

Los malos -se escucha
sigo las huellas del concreto
casi seco para buscarte

Los malos -pronuncio
limpio tu frente llena de sudor
y me consigo

Los Malos
así se llama un país
que tiene por isla tu nombre
pecho rasgado de munición
252.073 gritos atrapados en la rendija de la tierra
ondas
amigos que no supieron rezar

Por identidad tienes
pequeño músculo cansado
la voz que se perdió en el ruido
la voz multiplicada
que hace eco en la garganta

Si te escribo es para que lo sepas
eres más
que el metal frío que te aguanta
más
que el precipicio asomado
de las manos que te rompen

Te pronuncio para que lo sepas
niño muerto de país asomado en la venganza
niño muerto de país

Si aquí te nombro
es porque estoy
esperando que te salves.

CRISTINA GÁLVEZ MARTOS

Litoral

La luz y yo bailábamos
mientras el aire me aliviaba,
mi madre iba descalza
con los coxales incipientes.

Yemanyá, dame sal y agua
para mi sangre de pez;
Oshún, una cayena pálida
para la boca
la parsimonia sombría de los bagres.

Era resplandecer y hacernos joyas
con el sol sobre la carne,
era la ternura de los pies pequeños y las perlas,
el beso materno de coral,
los pechos como dos lunas marinas.

Era su cuerpo
que hoy me sana como pan o como luz,
que olfateo un poco ciega
y se me planta a mí en el fondo
de las aguas.



Cristina Gálvez Martos

Pasajera

La que se va calladita
la que se esconde en los aleros del cuarto
la que pisa las baldosas
como una aparecida
la que se va achicando hasta tener
la voz de las paredes
la que deja el humo y se hace
fruta interior, carne nítida
la de la casa blanca
y tazas vacías donde suenan alfileres
la que es catarata, tímida como un trébol
la que escucha siempre
la que se va sin nadie.

Alejandra

Alejandra tenía cabello salvaje
la risa grave, los dientes blancos
colmillos preciosos
era alta y de caderas anchas para su edad.
Apilaba revistas Teen
acostaba al gato Tomás, visitador de azoteas
sobre su pecho
donde alternadamente, ronroneando
clavaba las uñas.
Cuando iba a tomar la leche
entraba como por mi casa
al vaso achocolatado
al cuarto verde de Alejandra
había un olor a animala
reía con cabello salvaje,
colmillos preciosos.

Rojo oscuro

Yo qué sabía
solo abrí la cereza
adentro era jugosa
rojo oscuro
quedó algo negro
el rastro de un bicho nocturno.
Anduve el camino completo
presintiendo
seducida
por mi propio secreto.
Yo qué sabía
que la rabia así podía florecer
no sabía
nada
del Otro.
Pero es cierto
me gustaba
la ceguera.

Canción de trabajo

Usted no me ha visto triste
me pongo como una luna
crecen ramas que pinchan los brazos
y la boca azul maleable
un ojo que mira hacia allá, al océano.
Triste canto
machacando estrellas
como las bisabuelas molían granos de café
y pequeños soles de maíz.
Triste sé trabajar.

Chihiro

Tenías el nombre de mi ángel natal
escondías tras la cabeza
un ala de dragón blanco
tú tenías algo de río.
Las chicharras agitaban las alas
resonaba el patio vacío
y tras el timbre de recreo, todo bullía.
Estuvimos tan cerca
nuestras risas estuvieron tan cerca, tantas veces.
Nunca te dije que eras mágico.

Hogar

Mi silencio se hizo entero y amarillo
redonda yema nutricia
lugar de caridad que me complace.
Trago despacio
me engordo con un océano y una catástrofe
fue mentira cuando dije que perdonaba a la vida.
Creen que estoy entre la gente
no lo saben;
vivo entre las gotas inmóviles
que descansan sobre el trébol
en el perro que esta mañana perseguía a un pájaro
en la lluvia de tres días seguidos.
En todo lo que ya nadie recuerda.

Cristina Gálvez Martos (Caracas, 1987), es Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado *Psicopompa* (2015) y *Bicorne* (2016), vive en Uruguay.

CRISTINA GUTIÉRREZ

Sin puñal

Quise escribir con toda la rabia del mundo
buscaba la imagen que sostuviera mi enojo
me despertaba madrugada tras madrugada
intentando crear nuevas palabras
a falta de una que describiese
el exacto sonido de mis muelas rotas de tanto apretar la mandí-
bula
Creía inefable
mi fruncir de ceño
mi cuerpo giroscopio

Perdona, me dije
no sin antes nombrar el odio con todos sus pesares
con todas sus vertientes
yéndome por todas sus ramas.
Recuerdo cómo quería escribir cortando
hiriendo con mi lesión
quería escribir con un puñal
y llenar de pus y sangre techo paredes espejos

Pero olvidé
mi rabia
y mi puñal
Me quedó este olvido calmo,
sosegado
demasiado cansado



Cristina Gutiérrez Leal

Sé del mar reventando contra un muro

Sé del mar reventando contra un muro
cómo me asusta cuando levanta demasiado su oleaje
cuando enfría sus aguas y es imposible.
Sé de gente buena acodada en puentes
contemplo sus miradas cristalinas y la mía se envidria
me siguen enfermando mis ojos litorales
mis costas.

He visto desde un balcón
un río que divide tres países
abrí ya muchas veces mi puerta para saludar desconocidos
ya estiré una nueva lengua
ya me senté lo más al norte posible
ya estuve en la última calle de un país
ya fui todo lo insular que pude
ya he puesto toda mi fe en un viaje
ya he querido volver y abrazar

corro tras un nuevo paisaje que se alborote en mis ojos
vivo huyendo de este lugar que soy
pero el desarraigo no me cura

no me cura.

Cristina

Me nombraron Cristina por una amiga desahuciada de mi madre.

La señora Martha Cristina me heredó su segundo nombre,
su adolecer.

Cuando sucumbo al reproche
mi madre me consuela diciendo que también tengo el nombre de Cristo.

Él también vivió desahuciado, mamá.

Tengo nombre de mujer muriendo
y de hombre clavado en la cruz.

Eso lo explica todo.

Hay mares que llegan con sus olas antiguas

Hay mares que llegan con sus olas antiguas
a golpearme el lomo,
a recordarme cuántas mentiras he tenido que decirme
para soportar el ruido de algunos barcos.
Esta marea no tiene ojos,
solo brazos largos para tantear mis orillas
rasguñarlas de vez en cuando.
Yo no sé cómo dividir estos mares,
cómo llegar a la tierra prometida.
Estoy del otro lado,
creyéndome a salvo
ahogándome solo un poco.

Permanece frente al espejo la mirada

*Y nos despedimos con la vaga sensación
de haber sobrevivido
aunque no sabíamos para qué.*

Cristina Peri Rossi

Permanece frente al espejo la mirada
que todo lo quiere decir
que quiere penetrar iris, cristalino, cornea
con su trasluz porque no están acostumbrados los ojos a ver
sin esquivar dardos sin sentir un desorbitar.

En el espejo se devuelve la imagen de alguien que olvidó
y luce serena quieta muy quieta.

Abruma la espalda curada
cómo aprende un lomo a estar derecho
si hizo de su encorvarse una lógica
una manera de sujetar la insuficiencia.

Hay entonces que mirar de frente al espejo
y repetir que así está bien
que no eran normales ni bellas las ojeras.

Alzar los brazos y sostenerlos
de hecho sostenerlos sin demasiado esfuerzo.

Acostumbrarse a ver en el espejo a un sobreviviente de
guerra con su épica detrás
y que puede –si quiere, solo si quiere
morir.

Cristina Gutiérrez Leal (Coro, 1988), es Licenciada en Educación, master en literatura latinoamericana y estudiante de doctorado en literatura comparada en la Universidad Federal de Rio de Janeiro. Ha recibido los premios Ramos Sucre y Rafael Cadenas.

He llegado por partes al mundo

*Dios no tiene unidad
¿cómo la tendré yo?*
Fernando Pessoa

He llegado por partes al mundo
sospecho que aún faltan pedazos de mí.
Algún paquete de correo
ha de sorprender un día a mi puerta
quizás aumenten los defectos
o tenga menos uñas.
He sido mujer a trozos.
La línea que divide mi cuerpo
nunca fue cicatriz
siempre frontera
de estas mitades que me suceden
y dejan en los labios una palabra rota.

DIANA MONCADA

Memorias

Me gusta sentir mi cabeza colgar durante el sexo
Respirar entre cruces
Sentir el final arrastrarse hasta mi lengua
Saberme al borde,
casi muerta, casi rota, casi diosa
Lamer el vértigo de perderse
Olvidarme
Hurgar en la memoria del otro
lo que no encuentro en la mía.



Diana Moncada

Supernova

Ensuciaste mi cuerpo para lavarlo en las orillas de un viejo techo estrellado. Hice silencio para aprender el lenguaje de todas tus constelaciones. Deletreé con mis ojos el ocaso de tus voluntades y sorteamos los asteroides de las noticias por las mañanas. Terminamos por sembrar en el patio una supernova que nos tragó.

Eco

Evito delatarme a través de nuestra música.
Evito deslizarme entre la escarcha roja
de una habitación sin fondo.
El tiempo ha lavado todos los rostros y ahora conozco la
exacta dimensión de los silencios.
Estuviste, fuiste, creíste.
Eres un informe signo del pasado arrastrando
las palabras de un futuro extraño.
Soy, resisto, amo con todas las equivocaciones del presente.
Busco la nebulosa que fuimos pero el cielo está vacío
e l c i e l o e s t á v a c í o
y una habitación remota gira
en los recovecos de mi anestesiada memoria.
Somos un eco fragmentado alrededor del mundo.
El mundo inmundo de nosotros.

Quiero nacer

Quiero nacer

quiero

desprenderme de esta sangre

despoblarme de esta muerte

desnudarme de este rostro.

Abrir las piernas entre árboles hinchados

y engendrar las selvas donde el deseo brote ciego.

Quiero

asomar mi cabeza entre los labios del mundo

lamer la noche hasta dejarla blanca

perseguir los latidos de mi pubis convulsionado

y salvarme de mí

de la rota

de la incompleta

Quiero poder nacer

nacer por fin

nacer cuerpo

ser un cuerpo alboreado.

Sueño #13

Embarqué sobre mi barco acribillado
entre la viscosidad de una marea extraña
Hubo semen en el lugar contrario
su caudal rasgando mi entrepierna
Fue mi trofeo o mi despojo
mi cuerpo copulando como una serpiente besando su cola
la ambigüedad de un sexo eyaculando las entrañas del mundo
la paradoja de ser una en lo otro,
el cielo jugando a ser el mar.

Entre la multitud soy escondrijo

Entre la multitud soy escondrijo
Laberinto contorsionado hacia dentro, sin hilo, sin
Minotauro, sin posible evasión
Ante el otro
Soy solo una boca que habla
Ante mí
Un cuerpo que se busca
Esquivo, efímero, apenas delineado
Persigo el rostro virgen, el utópico rostro del destino
Voy por capas, extranjera de mis propios surcos
Voy hacia el pozo,
Siento asco de mí, asco del eterno simulacro
Soy un ridículo trazo y sonrío mientras algo de mí danza
entre las llamas
Saberse implica arder, desaparecer y creer en las cenizas.

Diana Moncada (Caracas, 1989), ganó el concurso de autores inéditos de Monte Ávila en 2013 con su libro *Cuerpo crepuscular*. Colabora como periodista en El Universal, Contrapunto y la revista brasileña Philos.

JESÚS MONTOYA

San Juan

Los niños ya son viejos en San Juan.
Los niños ya no juegan en San Juan.
Los niños te esperan alejados
en las veredas angostas de San Juan.
Los niños, tus amigos, dicen adiós, adiós Ricardo clareados
en estampida arqueando los ojos con las manos enroscadas en
conmovedoras escenas que los habitantes
de San Juan callan.
Adiós, adiós brisa que huye por las carnicerías
y los mercados ladrando el crepúsculo hambrienta,
hedionda en las discotecas clandestinas
hedionda de penas babeada la brisa vuela hacia el sur.
Cornetas infinitas, música acorralada cocaína y frenesí,
emergen los paracos beatificados en Casa grande.
La abuela Rosa escribe poemas con los restos de los pliegues
extintos de la senda ella los guarda silenciosa en su gaveta para
encontrarlos como una reverencia infinita,
desconocemos su sonido, quizá histérica habla del diablo,
pequeñas ásperas y dulcísimas melodías, como la belleza, sencillas,
como la belleza, quién sabe.
En Casa grande la abuela Rosa ya no escucha en Casa grande la
abuela Rosa está sola en Casa grande el abuelo José canta por
los pueblos unido al borde de su féretro en Casa grande Zulay se
quedó muda en Casa grande los funerales son pequeños
en Casa grande Milena colgó la soga y dejó a Eddi enloquecido
entre sus cuadros en Casa grande la abuela Rosa planta este
círculo en un jardín como el recinto de la soledad que nos separa
en Casa grande la abuela Rosa desea leer con el pecho abierto



Jesús Montoya

de tierra-niña las palabras de su padre al escuchar tu viola
salpicarse de algas y calaveras, las calaveras de San Juan de Colón
conglomeradas en un salón contiguo en el que ensayas
cualquier armónico fracaso.

Allí te escucho exaltado inclinarte y abrir la boca como un
cementerio abrir la boca para que yo entre helado a algún verano
abrir la para que las hojas no me marquen
abrir la puerta para ser capaz de tener otra de embrujo.

El paisaje es una sensación de los hombres
el paisaje no es un hombre.

En Casa grande la abuela Rosa ha visto un perro pasar por la calle,
ha soñado un amor inmenso y llora temblando de fiebre
ha palpado las paredes, los muebles como estáticos sueños de seda,
ha descubierto los muros que inventaron para encerrarla y ha
escrito sin cesar:

*Giro como una rueda sobre mí misma
todo se apaga en los rincones
todo se apaga
diríase que las moscas ya vienen
diríase que estoy tan confundida
pero no
late humilde la sensación de no saber adónde ir
adónde estar
laten los años como nombres enterrados
soy inquieta como un pájaro sin rama
soy inquieta pero soy la rama
soy inquieta
me imagino golondrina sin descanso
recién diagnosticada
padezco ávida voz
y el sonido*

*me lamenta
no necesito escucharlo
si el silencio me habla del ahogado
no exijo morir
si bajo la piel se yerguen las hojas y los gatos
y el naranjal y el sol me hablan un idioma imposible
lo conozco y he amado
he desaparecido en la rivera en el diván
en la ancha estrella del árbol que bajo la fría noche alumbra el
patio hasta la Casa
mis hijos son como esa música tenue que se aleja
mis hijos aparecen como caballos arrastrando vanamente el aire es
terrible
terriblemente luminoso su galope por la entrada antes del mediodía
son como bestias
los congreso con mi cabeza
fantástica cabeza
parezco una arruga en sus memorias
nubladas palabras hambre de castigo estéril
hablo madre-niña no quiero
hablo madre-hija
hablo abuela-niña
hablo niña-abuela
hablo a mi Casa lanzando alaridos
alegre estoy de no hacer
de no ser
de partir
alegre.*

Ejercicios del pirómano

Y ahora diré mi palabra para los hombres apacibles, la diré
arrastrada en sus esfuerzos,
pésima resignada a la estridencia del acordeón.
Y ahora diré mi palabra para los hombres que agonizan en
silencio, los que espulgan el cañón levantado en la sien
los que aún silabeán el sentido del árbol prisionero, del universo
erosionado por corderos y por niños,
techumbres y campanas encarriladas a la morgue:

Hay sitio en el mundo, hermanos míos, hay un sitio en el mundo
detrás de los incendios.

Un sitio en la fisurada muralla
de los que cantando reímos torturados.

Marcha el jardín oscuro, carruaje afiebrado de pimpinas por la
noche, desaparecida horda pardusca del lenguaje de mi himno
bachaqueado que más allá de ese inútil ramillete de granadas
se desnuda girando como la tierra, que más allá de los garfios con
patas, de los filos acorazados en las redes vacuna sus cuentas,
que de espaldas al carbón y a la ceniza desnuda sus mejillas de
papel y sus huesos machacados, alargadas descienden sus prendas
por Peracal por San Antonio flores zambullidas en la espiga
encocada, en el vellón y la leche, en todas las madres con rencor en
el mundo, en los panales derribados del pueblo, él se desnuda por
encima del humo, por encima de cuervos y hospitales.

Hay un sitio en el mundo, hermanos míos, hay un sitio en el

mundo detrás de los incendios resbalado de la hoja hija de mi
día de mi noche en las aceras orinadas soberanías profundas de
admirar frente a la lluvia y los fantasmas.

La gangrena apresa los cuchillos en el aire, nada ha de salvarse en
la muralla de alaridos y de hedores.

Al otro lado de la carretera, bajo cielos inermes, el monte nos
vigila entre prados ocultos de altas nubes,
monje montuno monte matraqueado de verdosos pastores
coronados de pasaportes yo mismo fui guía de trocha
yo mismo en mi lenguaje ¿en dónde, en dónde? Ahí señalaba
clarividente el camino de cruce, miren mis uñas, mis mandíbulas
como guadañas y sierras creciendo hacia ustedes,
mi boca de miche y lirio abarrotada, mis dedos como mariposas
extinguidas de sonidos muertos parlanchines mudos.

Yo era el guía de mi trocha y anunciaba mi reino en los panales
con voz resaca, aguda de acero.

Las abejas se ataban a mí, zángano zumbaba a través de los
escombros con la tropa. Detallen mi ruta sin margen sin miedo
en que los niños se asoma con serpentinas y valijas y aniquilados
tejados por la senda entera sin borrarse.

Zángano sagaz opulenta abeja reina inmaculada de ley propia
yo era el andrógino guía de mi trocha de mi lenguaje cambiante
recluido.

Yo era la gran señora hoja hija círculo auténtico del que ya murió
en sí mismo.

Yo era la parida de mí, la más fuerte, la vomitada de las cloacas.

Yo era la provincia envenenada del país sin nombre.

Yo era la tú, la inminente música de los cadáveres.

Yo era la más acongojada, la más fatigada, la única testigo del

colgado.

Díganme, ¿qué han hecho con mis cenizas?, ¿qué han hecho con el aire de las celdas y los pájaros?, oliva es mi pecho cuando paseo agachada el monte, oliva furtivo con tanta tierra encinta de primaveras desdichadas.

Díganme, ¿en qué moneda ganar el sudor o el llanto que muere en mis bolsillos como sangre entre sus dientes?

Porque en verdad yo era ese murmullo, ese eco amorfo que emana la mitad de un rostro, escritura sobre plagio.

Yo era ese claustro oscuro, brotado de la arritmia oscuro
insomne semejante a la Casa, alguien me observa, pared
alimentada en la soledad por los grafitis,
alguien me inventa, tierra bucólica afilada en su fulgor,
alguien gritando reina, hocico humilde de bondad que pronuncia,
que insiste en que yo era apacible y no, como ustedes, apacible y
no, inconsciente violenta de nardo y lino de este oriundo himno
que me pide que repita, que repita.

Hay sitio en el mundo, hermanos míos, hay un sitio en el mundo
detrás de los incendios, sí, un sitio muriendo en la larga acera
de algún puente, un sitio donde las hogueras forjan cielos
roídos, lazos de tibios nudos cortados en el tránsito,
un sitio donde la cañada besa las tumbas de mi hoja niña
estéril altura de la tiránica que escucha, que escucha que yo
era la tú, la inexpresable, la incongruente, la garganta de la Casa,
siempre sola, esperando un grito, tronada, vencida,
la doble del charco, del ancho valle, doble costa, doble muralla y
horizonte.

Delante de nosotros todo es mentira pero la piel derrama.

Delante de nosotros un sitio en el mundo, un sitio en el mundo
más allá de las panzas famélicas que imploran
desde sus grietas amplios cementerios. Es mi reino, mi reino en
contrabando mío cualquier brazo cotizado del pensamiento, mío
cualquier silencio enjaulado, acaso en la delgadez de huéspedes
lejanos en el espacio moribundo.

Desplomados los techos como hambrientas sombras me despiden,
un salón al final del viento un hogar agujerado un lugar adolorido
un mismo insomnio, un mismo insomnio, un sitio detrás de los
incendios, un sitio en el que abro esta pimpina impura para
rebosarla en mi cuerpo como calcinando un papel.

Jesús Montoya (Mérida, 1993). Licenciado en Letras por la
Universidad de Los Andes. Ha publicado *Las noches de mis años*
(2014) y *Hay un sitio detrás de los incendios*, (2017). Es miembro
del comité de redacción de las revistas Poesía e Insilio. Vive en
Brasil.

CARLOS IVÁN PADILLA

Hominidae

Hoy
despiertos
nos alzaremos
desde los mares
hasta tocar los techos
en donde se reflejan los vacíos.
Podremos participar en las andanzas
de una casta selecta y emancipada
empinada en las arenas circulares
de las pestañas y los senderos
para comenzar entonces
a ver hacia el frente
lo que hay
y maravillarnos
con el reflejo de los hombres



Carlos Iván Padilla

Hipno

Al enunciar la palabra
el circundante domina
lo racional y lo imaginativo
pues funda
con su canto
los lodos que se adueñan de la nada
y lo inefable.
Lodos que
en tanto lodos
pueden dificultar el paso
de las manos
por sus propias barandas
pero jamás
el vuelo
de cuando el ojo descansa

Hiperbóreo

Al pisar Polifemo
su propio nombre
suelo de los mares de antaño
conoce él a su padre
y su obra.

Ve.

Avanzando por las costas heladas
de un arte inmarcesible
señala con el dedo
y compone
el rayo.

El gigante entiende
que su viaje le llevará
más allá del Norte
en donde se cruzan las manos
en donde el creador
se eleva y
se hace
dios

Oikos

Nos rapamos la cabeza y más adentro
para sentir en el viento si alguien se aproxima
ojos atentos en el día
orejas vigilantes en la noche
ya nos duelen los cuellos

Más de una década en vigilia
agradece el día ligero
el descanso bajo la sombra de los árboles
que también nos oculta
de los jaguares empinados

La maleza es lo único que nos cuida
maltrecha hierba abandonada a la intemperie
pues los caciques están ocupados
adiestrando sus cuchillos
para el saqueo y el festín

Somos guerreros de la selva
supurantes charcos de la noche
miren como nos desangramos
como tensamos la penuria
de ya no estar en la ciudad.

Al niño de la aljaba

Cautela
la lumbre de la voz no basta para no perder el rastro
cuidado
cuidado
apunta
ronda

Afina la mirada para no fallar
huele cada oscuro del desvelo
protege el halo de tu estirpe

Odisea del ojo
el cielo te ha hecho zorro / coyote / perro
confiscó tu sollozo y ahora callas
debes vigilar

Dime cuántas vidas se lleva la noche en su mordida
dime cuánto voz se traga su aliento su
jadeo
dime qué esconde tras su ímpetu
tras su quiebre

¿no has aprendido nada?

Tanto tiempo te has ocultado

tanto tiempo has alabado el conticinio
al pulso que cuelga de sus párpados
que te aleja de los depredadores
que te mece en el vaivén de su endecha
anhelando tu hambruna

Recuerda el revuelco de la sombra
recuerda cómo brota tanta falta de tus dedos
y hierde

Ajusta tu aljaba niño
tensa tu arco
cuidado
apunta
a ver si el miedo cesa.

Carlos Iván Padilla (Caracas, 1993), estudió Filosofía en la Universidad Central de Caracas y ha publicado *Mareas* (2016), *Avatares* (2016) y *Hálito imberbe frente a cadáver de ciudad* (2017). Vive en Buenos Aires.

CÉSAR PANZA

Atroz

Es un objeto en el tope del mueble
Que en el entorno desentonó
Sin brillo, color o contenido
Que muestre que ese es su puesto
No bebe, ni come deleites
Que fuesen de digno registro
Sin cuenco, filo o puntero
Que indique duro y violento
el uso del tiesto
Dudoso y molesto
Sordo concepto
Negro en sustento
No es útil
No es bueno
Ni bello
 Quiebre de dientes
Ojos perdidos
Todos renuentes le rinden un culto
 Secreto
 Miedoso
Ninguno puede tenerlo
Ninguno puede no oírlo



César Panza

Bautismo

Decir que ya se fue
ausente el
padre que cuida y encausa
niega la fuerza
de su palabra:
Ser tierra fecunda
Semilla que muere.
Y agua.
Se ve más bien
Su muerte en la de San Juan:
Tan grande el pariente que restaura
Para señalar y enderezar
A la vida que se ha de sembrar
Tras la guerra
Que hace de la carne
La casa del desbalance:
Cruz de madera
La séptima Palabra que alimenta.

César Panza (Valencia, 1987) es Licenciado en matemáticas por la Universidad de Carabobo y miembro del comité de redacción de la revista Poesía.

Dos formas mercantiles de la lástima

Del hombre que ha venido a pedir
por la salud de su madre
me han dicho que es huérfano.

Ha venido para cambiar
un poco de caridad terrenal
un paso en el tránsito al cielo
unas cuantas monedas
un miedo, compasión o credulidad.

Ha venido sin la caricia
de un alimento para el hábito del cuerpo,
caramelos quizás.

Ha venido más bien con un relato
de la imaginación de quien
no tiene otro trabajo.

Pienso un poco en la capacidad de conmover
la aguda creatividad
la catarsis
un morbo estructurado, dosificado.

Cuánta lástima da ya no el periplo que narra
sino verlo allí de pie espeso
encorvándose lentamente
supurando cada palabra amarillenta
que drena y arruga su cara
y plaga sus sienes de canas.

El pez grande devora al chico Reality de Cine Mudo en 10 actos

*Sólo me interesa lo que no es mío.
Ley del hombre. Ley del antropófago.*
Oswald de Andrade

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros. No se manifiesta en contra de este espectáculo porque él mismo participa (circunstancialmente) en el canibalismo a algunos de sus congéneres. Un eslabón. Una cadena.

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros mientras remienda y tranquiliza a duras penas las partes que dejaron de otro hombre despedazado. No ve venir el día en que lleguen menos canibalizados a la emergencia. Un doctor. Unas luces rojas.

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros cuando con gran incomodidad y cansancio fabrica los instrumentos que son utilizados por sus caníbales. Exige que le suban el salario. Un cuchillo, un tenedor. Una sierra.

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros mientras sigue un flamante y sofisticado curso de Etnografía Americana, tercer tema la producción y apropiación de alimento caníbal, dictado por un cocinero y catedrático europeo. Desea con fruición escribir un recetario. Un libro de geohistoria comparada. Unas páginas manchadas.

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros mientras hace una larga cola para adquirir unos pocos gramos de carne de dudosa procedencia. Se presume que es humana. Una duda. Una balanza.

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros mientras lee un interesante artículo de un intelectual que elogia el saldo positivo que significa la mejora de la calidad de las carnes nacionales. ¡Cuánta inteligencia en tan oscuro panorama!

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros. Por un momento se sacude, corre y logra llegar a la playa desde donde nada en una balsa al exilio, o a la nada. Sin brújula no hay fronteras.

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros mientras escribe con mucha agudeza y gran sarcasmo un ensayo sobre las consecuencias caníbales de la privatización de la necropolítica. Todavía teme a escribir sobre economía. Le fascina inventar palabras.

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros. Se queda poco a poco sin nada de sí mientras se percata que cuenta al menos con una licencia comercial ensangrentada. Decide empezar a cobrar por sus trozos. Calidad Premium. No hay nada como él en el mercado.

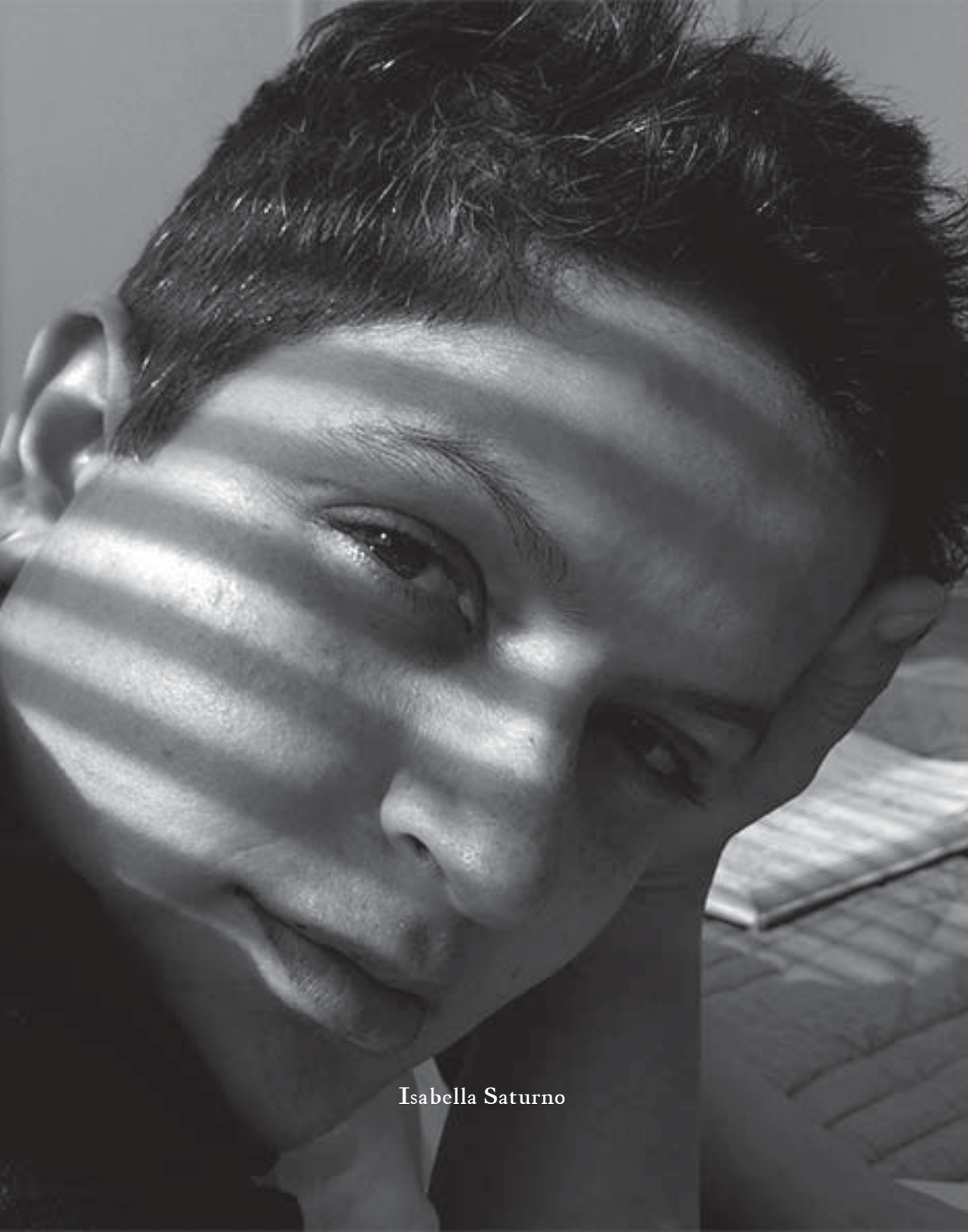
Un hombre está siendo devorado por múltiples otros. Se da cuenta que despedazado se está quedando sin nada de sí: no tiene fuerzas para comerse a un vecino, no tiene licencia para cobrar por sus órganos. Se desespera ante la idea de perderlo todo y empieza a comerse a sí mismo. No hay dolor.

Un hombre está siendo devorado por múltiples otros, y por sí mismo. Un público reducido y distanciado observa el espectáculo mientras degusta la carne del elenco. Qué pasión, una magnífica interpretación. Qué realismo.

ISABELLA SATURNO

Cuando enterramos a Domingo

Cuando enterramos a Domingo, nos insolamos.
Nos dio fiebre de sol.
Llegamos al día siguiente al trabajo como si
hubiésemos ido a un viaje a la playa
a la piscina.
Como si hubiésemos pasado la tarde
sentados en un patio sin sombra.
Cuando enterramos a Domingo, enterraban también a otros.
Creo que se llamaba Yorber.
Yorber, chofer de camioneta.
Lo sabíamos porque los afligidos
se habían hecho franelas con su foto y nombre
y un corazón
NUNCA TE OLVIDAREMOS YORBER.
Algunos dolientes de Yorber también enterraron a Domingo
con sus franelas de Yorber.
Cuando enterramos a Domingo, se me desprendió un riñón
o los dos.
Algo se me desprendió porque sentí cómo me escurría
por la pierna.
Seguro era culpa de Domingo, que me chupaba
con sus brazos largos
con sus piernas largas
de personaje de El Greco
desde su tumba, desde la tierra me chupaba



Isabella Saturno

con su cara de zombie.
Cuando enterramos a Domingo
le echamos encima una Polar Ice
por eso se enfurece por las noches
y me jala las piernas
y me maldice con su cara larga
con sus dientes incisivos de distintos tamaños
me maldice
me maldice y me grita bañado en Polar Ice
luego se ríe y yo
lo seco con una toalla
como si fuera Jesucristo.
Es Jesucristo.
Cuando enterramos a Domingo, me dio por morirme yo
también
y empecé a idear mi suicidio
a planificarlo, pero por miedo,
terminaba haciendo bosquejos de
una muerte accidental
donde un zamuro me caía a picotazos
o una ardilla radioactiva
me atacaba
bañada en salsa de maíz.
Cuando enterramos a Domingo,
quise que me abriera espacio en su ataúd
quise ofrecerme para acompañarlo
no porque no pudiera irse solo
a su manera
no

no por eso
quise acompañarlo para no quedarme yo
sola
tan fuera de él
tan ajena a él
tan antónima
tan del otro lado
tan opuesta a él
tan viva.

Caracas

No te conozco
apenas te he visto algunas horas
de preferencia diurnas.

No te conozco
jamás te he visto las entrañas
te padezco, claro
eso sí:
te padezco.

No te conozco
nada.
He visto otras ciudades más de cerca
son más abiertas las otras ciudades
más simpáticas
se ofrecen como amigas despechadas.

A veces me ilusiono
y creo que te conozco
y pasamos un buen rato
sentadas en un parque
hablando de cualquier cosa.
Pero si me atrevo
si me dan ganas de besarte
si se me ocurre subir la mano por tu muslo

llegas siempre
objeto de metal en la boca
estaca en la costilla
ronquido de tarántulas
movimientos de hip hop.

Como no te conozco
y me duele no conocerte
me obsesionas.

Y como solo me permites observarte
como a un cuadro
como a una obra de teatro
[una tragedia, mejor]
me has hecho un personaje
cuyo único destino es

un charco
de sangre.

La eternidad

Soy la fresa mutante del carrito de raspados
y estoy aquí para disipar tus dudas sobre la eternidad
me pintaron hace años en el latón de este vehículo
y he soportado un millón de veces las voces de los niños
he mantenido la sonrisa permanente
y nunca me he quejado de los pies que me arrastran
todo el día por las aceras, todo el día por las aceras
Soy la fresa mutante del carrito de raspados
y puedo decirte que la eternidad es haber visto
el semblante de la señora después de haber comprado una
lavadora
soy la fresa mutante más feminista de la historia
soy lesbiana que no ejerce
por eso me gano la eternidad de Jesucristo
sé que cuando llegue el momento gozaré del cielo de las
fresas
Yo te conozco de una vez que fuiste a abrirle la puerta a
Fernando
y me viste de lejos los ojos abiertos y mi posición de excelso
baile
me renegaste: yo no como raspaos', dijiste
yo no como agua sucia
y así fue como pecaste
pecadora, no eres ni serás nunca una fresa mutante del carrito de raspados

te falta sacrificio
a ti nunca te han abollado
maldita
escúchame, nunca serás esta fresa del carrito de raspados
la eternidad del latón no es para ti.

Historia de la fotografía

De estar frente a ti
a estar en tu pecho
pasaron solo unos días
y bajo la excusa
de que el tiempo es relativo
esa frase que todos dicen
y que nadie entiende
aceleramos las vueltas de la tierra
y allí estábamos
yo en tu pecho
un mamífero
cualquiera
vertebrado
y tú debajo
un mamífero
cualquiera
vertebrado
sosteniéndome
después de un viaje
que no compartimos
que yo hice por mi cuenta
y que tú hiciste por tu cuenta
cuyo destino sin saberlo
fue la costa
de un sofá

que da al balcón
que da al cielo
que da a un centro comercial
y hay algo que ostentas
con tu mano
controla el tiempo
durante el que llega
la luz que entra
y nos haces de repente
fotosensibles
fotosensible tu boca
fotosensible mi oreja
fotosensible el amor
fotosensiblemente dulces:
es la historia de la fotografía.

Isabella Saturno (Barquisimeto, 1987), Licenciada en Letras de la Universidad Católica Andrés Bello. Es miembro del consejo editorial de la revista Arepa, y editora de Barco de Piedra.

La Yokho

Del otro lado
del bar
me miraba
una mujer
particularmente exaltante
particularmente extraña
particularmente fea
pero aún así
no sé qué era
pero
aún así
producía unas cosquillas
en el centro
en el origen
y a pesar de que yo iba
y venía
rechazando su mirada
ella me la devolvía

Como no pierdo ninguna
batalla
o eso quiero
no quiero perderla
me acerco y le sobo la pierna
me dice soy la yokho
y me llaman mona

y me aprietan las licras
te huele raro la boca
respondo
la he tenido cerrada mucho tiempo
y me agarra la mandíbula
con unas uñas aterradoras
pintadas con las banderas del Mundial

Le voy a Argentina
sonríe

Hablamos sobre el comienzo
sobre el pantano de donde viene
me dice que sube
200 escaleras diarias
con dos tobos de agua
y me hace apretarle el muslo
qué duro lo tiene
qué bien que hace ejercicio

La yokho
le digo
quiero discernir tu naturaleza
y ella
me abre las piernas
y yo
le meto la mano

Qué corrientazo
el pene

enorme
erecto
apretado en las licras
estampadas de espacio sideral
un espacio donde sucedió
el big bang
la gran explosión
a punto de repetirse

Soy Leonardo
soy Leonardo
me confiesa al oído

Qué Leonardo, mi amor
cuál Leonardo

La yokho
la mona
se deshace
se hace
en sus dos grandes piezas
se configura
se materializa
y es la Mujer
de la que hablan todos
la que buscan todos

Y es mía.

FREDDY YANCE

La única sonrisa sincera del infierno

Preludio

el enamorado suicida ha dejado una carta
escrita sin letras sobre un rostro frío
escrita con agua sobre un horizonte
¡prometido!
¡retorno!
cuando el anillo se abra
y los párpados del sol
comiencen a arder
en la hora que despierta
donde nace el principio

I

Canta, oh Mérida, la colérica canción de la noche milagrosa
el melancólico paisaje de lo que no tiene nombre
la forma del silencio fabricado con estrellas
Canta, despierta, susurra entre los bosques
que el final ha llegado
que la sonrisa del lobo y las mariposas ocultas
sostienen en vilo lo que sueñan los muertos
Canta, oh luz, oh titilante segundo
en que las manos tiemblan
en que el sendero sin rumbo se confunde



Freddy Yance

con el espacio sin fin
espacio escondido de soledad profunda
Revélame furiosa y revélame los ojos de quien se ha perdido
de la visión celestial que saltó del Ángel sin paracaídas
y de quien la espera donde nacen los peces
Acerca mi oído al corazón que respira
Acerca mi cuerpo a quien muere de frío
Hiéreme con el filo de la calle brillante
el brillo de mis ojos incinerados por la historia
Devuélveme la lluvia verde de la realidad fugaz
de los astros que arden más allá del odio
de las palabras sin sentido salvadoras de vida
Restituye el instante
el glorioso instante traspasado por la sombra
la sombra de nuestros ojos mirándose de frente
con los párpados muertos y la pupila seca
Acerca mi cuerpo a quien muere de frío
Acerca mi espalda al deseo de saltar
convírteme en la vereda de los sueños rotos
Invítame a la montañignorada por el sol
Invítame a la fuente
de carcajadas que tiemblan bajo la catarata del crimen
a la casa del mundo
a la entrada del tiempo
al sonido bendición antes del pan del disparo
Empújame al sendero solitario
al buenas noches paisano sin ojos ni memoria
al boulevard del rito y a la plaza secreta
Impéleme a la plaza secreta del tesoro de la pasión

el beso imposible que derrumba las horas
el beso insensato que desuelda los anillos
y el beso unánime al que nada le importa
 Te ordeno que me grites que me hables muy rápido
que me dictes el poema sin fin el inagotable
 poema de la sangre del sueño
de los hilos de la eternidad
 y el nombre de la aguja que eslabona los destinos
 Devuélveme al principio al comienzo
y empújame sin pensarlo a la pendiente siniestra

 maréame, maréame oh cúspide hipnótica
oh cima invencible
bamboléame con tus dedos de aire
y recuérdame que soy un puente

II

Canta, oh Mérida, la colérica canción de la noche milagrosa
de la paloma errante entre las campanas del templo
 la sombra que anida en los salmos sin nombre
 Entona el lamento del réquiem lunar
de las prisiones del verbo de los espíritus encadenados
al dolor
de las muchachas fulminadas por los minutos fatales
de pesadilla, zozobra y de insomnio
 Detén el transito
 Detén el mundo

Detén el tiempo
Ábreme la cueva donde ocultas la semilla
que siembras en el ocaso
y recoges durante la aurora
la música del gallo
y el relámpago del lobo
de los que giran solitarios
los planetas del amor que bailan mientras caen
atropellados en la autopista del suicidio
al inclinarse a contemplar el huevo de la mañana
en el inicio del tiempo que durará por siempre

Eterniza este instante
eterniza el aliento congelado entre las dos manos
el aire del hambre en los pulmones
y el aroma del benceno en la punta de la lengua
Revélame el cuerpo de los enemigos de la luna
apuñálame con el culo de la botella asesina
con el último trago de mi santo padre
escúpeme el rostro los díasvísteme con el gargajo negro
de los labios de la muerta
dame a beber del veneno de las moscas
y derriba mi vuelo hacia la doceava esencia
desanuda mis anillos piérdeme todo
y oríname en la acera donde me desangro

Reimpulsa mi vuelo más allá de las sombras
más allá de gritar lo lamento en un corazón vacío
más allá del crepúsculo que cierra los ojos

Invierte el sentido de las escrituras
transforma mi sangre en agua
y riega conmigo el jardín de las estrellas

III

Bendice, oh Mérida, la psicodélica guitarra de las raíces de
la selva
la repetición de los golpes en el tambor de los indios
los destellos del Catatumbo cuando la ciudad muere

Bendice los ecos fantasmales donde reverberan las ilusiones
donde se hunden los que vagan sin rumbo
las arenas movedizas de la palabra absoluta

Bendice el flash de la muerte instantánea
la cabalgata espiral de la morfina en el cerebro
el epitafio repentino cuando la luz se suicida
y las notas nauseabundas del vómito infinito

Bendice la música celestial del onírico silbido
las claves del milagro sellado en un cofre
un cofre de nombres oculto del tiempo

Bendice las infinitesimales máquinas que digitan
infinitesimales acordes

los dedos invisibles con la flauta de los árboles
los dedos de las nubes con el piano de la lluvia
los dedos melancólicos con la armónica del río
y los veinticuatro dedos con la orquesta de las horas

Bendice a los hermosos pájaros del escape
que se lanzaron sin excusas al sueño del abismo

y despertaron en la zona del infierno
donde asesinar era la única regla

Bendícete a ti misma, oh Mérida, madre de la altura
y bendíceme a mí
porque la primera parte de la noche no tenía nombre
y yo le di el mío

IV

Escúlpeme en el cielo el flujo del retorno
la carretera mortal de la medianoche
la velocidad de los ojos que no pueden dormir
Redescubre para mí un camino de vuelta
un sendero ilusorio del tamaño de un sueño
donde se una lo que poseo con lo que he perdido
una calle alterada por la realidad
o la soledad absoluta de un desierto sin estrellas
Hiéreme con el silencio del viaje de regreso
con las horas muertas en los autobuses
con las habitaciones dedicadas al exilio
las habitaciones elaboradas para la gran obra
ventana a la noche
jardín de las delicias
Mátame con el aroma del café
con el humo transparente del cigarro de mis manos
con el libro de Abril donde se encierra una bestia
Mátame con mis propias palabras

palabras, palabras
me propuse develar lo que todas esconden
confundí a mi madre con el silencio de la luna
pensé que su muerte era la corona del cielo
Mátame madre porque te he amado
con mi costumbre de amar en secreto
con mi costumbre de ser en la distancia

Ábreme las puertas de lo inefable
del sueño imposible
Deja que me inunde de mi propia locura
hasta que la aurora me obligue a cantar de nuevo

V

Vuelvo a tus días, Mérida, te escribo cartas en un lugar a
oscuras

busco el canto que destruya la estructura del tiempo
busco el beso de las seis de la tarde

Vuelvo a tus calles ensangrentadas
te busco en el filo de la navaja y en los ojos que tiemblan de
frío

te busco en el miedo de tenerte encima

Vuelvo a tus noches a tus heladas noches de Abril
desciendo como la primavera en tus jardines ocultos
y visito la estatua de la india sensual

Me pierdo entre la tercera y la quinta avenida
más allá de tu límite no existe nada
más allá del Páramo se acaba el mundo

Divago entre las voces jóvenes que nadie escucha
y busco en su sonido mi propio grito
el grito del amor
Desciendo en busca del rey de los gallos
¿Quién es el más arrecho? – pregunto
Yo soy el puente que une a los hombres – respondo

Escribo desde un lugar siniestro
desde las habitaciones exiliadas de Ejido
desde la elevada estación de San Sebastián
Escribo a solas donde me arde la quemadura
Escribo a solas donde renace la fuerza
Escribo a solas las cartas de Mérida
y busco la granada que derrumbe al tiempo

Recuerdo la memoria sobrevive al caos
Recuerdo los rostros rojos y calientes que sucumbieron ante
mis palabras
Me amaron, Mérida, me amaron en tu corazón oculto
Me amaron en tus plazas reservadas a la infelicidad y al
delirio

Recuerdo y el pensamiento arde
me incendio en la memoria ardo en mis adentros
mis profundidades se queman
crepitan estruendos cuando me huelo las manos

Vivo en el instante de sosiego que me regala el poema
vivo en la candela de escribir mis horas en el mundo

en el infierno de la noche que yo mismo he creado
Anhelo con recorrer tus montes
recobrar las palabras
revivir los sueños
Perderme de nuevo en el laberinto de tu pupila
en tus bares de la vida es bella
en tus conciertos de una canción más y nos desnudamos
en tus conversaciones bajo el volar de las palomas

Me detiene el tiempo
me ataja con sus trampas inevitables
me encarcela al brillo de una esfera
me somete al canto quimérico del futuro

He de volver una mañana inesperada
bajar del autobús que atraviesa el infierno
y tocar a tu puerta con un te amo ya volví en el rostro
Mientras escribo
Hablo solo vago solitario sobre el camino de fuego
y me revuelco en el celeste azul de tu nombre

VI

Despiérteme tu flamenco en la mañana
despiérteme tu sueño de nieve entre las nubes
bendito sea el grajeo de la guitarra española
Levántame
erígeme con fuego desde muy temprano
oblígame a caminar entre la niebla y la muerte

amenazado por el cuchillo de los niños
acechado por los ojos que nunca se cierran
Empújame
empújame al vacío del mundo que crece hacia dentro
y a sí mismo se destruye
Arrójame a la contemplación de las máquinas en pleno
funcionamiento
de qué la quiere de qué la salsa
en esta esquina no puedo parar en la siguiente lo hago
aún no ha llegado espere si quiere

Un gargajo negro destroza la carretera y la sangre brota de
las grietas de la noche anterior

Muéstrame el rostro del amante que llora desnudo en el
vacío

eran las tres de la mañana cuando la lechuza lo vio a los ojos
eran las tres de la mañana cuando sus ojos conocieron lo
eterno
eran las tres de la mañana cuando su sangre no tuvo fin
Sométeme al olor de la gasolina sagrada
y déjame hacer trampa para conseguir duraznos
júntame de nuevo a los seres de luz
al padre del mundo
a la soberbia inquebrantable
a la inocencia del tonto
y sácalos de mi vida tan rápido como quieras
Facilita lo necesario para ser un hombre

y la incertidumbre de un suspiro momentáneo
bajo la estela que dejan los aviones
o el breve titilar de una efímera estrella

Deposita mi cuerpo en una velada nocturna
y practica tu magia si me ves solitario
adormece mis ojos y escúchame soñar

VII

Ábreme el día con tu beso de hasta pronto
Ábreme los ojos
el cuerpo
Ábreme la sangre con la voluntad aguda de la última hora
de la última hora en tu pico intocable
de la última hora en tu latido profundo
Ábreme el corazón con el amor que te llueves
Renueva el telón del cielo con tu aplauso brutal
Aplaude con truenos
con agua
Atórmame en las horas fatales de la despedida
Lánzame al abismo de tus calles sin fin
de tus veredas salvajes
de tus senderos de fuego
seguro he muerto mil veces en esta esquina
Toco los muros desgastados
las paredes mohosas
indago en la sangre el origen del tiempo
en la sangre iluminada por la violencia de Abril

Sobrevuelo tus márgenes insondables
tus lágrimas de terror
tu espíritu espantado
Me hundo en tu miedo
Me trasformo en tu escudo
Te libero del hombre
Oh flor invisible

Revélame la sonrisa del horizonte
el espejo de las edades
la ruta de los sueños rotos

Rómpeme en el silencio de una mirada fugaz
en el humo traspasado por las cinco de la tarde
en el camino de vuelta a donde nace la herida
Déjame viajar con la promesa del retorno
rómpeme en la única lágrima de la última hora
en la única sonrisa sincera del infierno

¡Rómpeme!

Freddy Yance (Maracaibo, 1996) fue incluido en la antología de joven poesía venezolana *Amanecemos sobre la palabra*.

JUAN MANUEL SANTOS: UN CHARLATÁN DE 300 MILLONES DE PESOS



El gobierno de Juan Manuel Santos dejó Colombia reforestada con 209 mil hectáreas de matas de coca al presidente Iván Duque.

7 de agosto de 2018. Esa futura mañana, Juan Manuel Santos se despertó, por última vez, en la habitación principal de Palacio. Parecía meditabundo y aturdido. Estaba tumbado, abombado, parduzco, letárgico. Tenía los ojos brotados, la mirada perdida y una decena de promesas incumplidas que durmieron en su cama durante dos largos mandatos.

Era su último día en la Casa de Nariño. Ese sitio que decoró con cortinas de lujo y sábanas de lino, las dos

vanidades típicas de los aristócratas capitalinos. Allí donde repartió almendras a sus amigos, mandó latigazos telegrafados a sus enemigos y desparramó alfombras rojas a sus invitados internacionales más sofisticados y lindos.

Pero, esa mañana del porvenir, Juan Manuel Santos no era el mismo. Era incapaz de moverse, incapaz de defenderse, incapaz de balancearse hacia los lados para no morir aplastado por Uribe y su sed de venganza. Se sentía como un insignificante cero a la izquierda en un gobierno de ultraderecha con ánimos de revancha.

Ese 7 de agosto, Juan Manuel Santos se convirtió en el expresidente más impopular de toda la historia colombiana. No podía vanagloriarse de su premio Nobel de paz porque nunca alcanzó la paz. Y tampoco la dejó bien cimentada: no pudo sacar adelante la reglamentación de la Jurisdicción Especial de Paz, la columna vertebral de todo lo que negoció en La Habana con las Farc.

Y, ahora, Santos esperaba ganarse la vida dictando conferencias a 300 millones de pesos. ¿Diciendo qué? ¿Qué hizo tan bueno que valiese la pena contar?

Tampoco llegó a nada con el Eln, un grupo que se burló de su gobierno desde el comienzo hasta el final. Ni logró el sometimiento de las ‘bacrim’, que fue puro cuento y nada más.

Y, ahora, Santos esperaba ganarse la vida dictando conferencias a 300 millones de pesos. ¿Diciendo qué? ¿Qué cosas merecían ser mencionadas en una tarima

internacional? ¿Cuáles fueron los grandes logros de su gobierno que sirvieran para una conferencia de talla mundial?

No fue en materia económica, en la que Santos dejó la olla raspada y con la regla fiscal inviable y partida por la mitad. Tampoco en materia gerencial, en la cual las agencias que Santos creó —la minera, la ambiental y la de infraestructura— nunca fueron ejemplo de eficiencia, meritocracia o tecnocracia. Todo lo contrario: terminaron llenas de corrupción y ‘mermelada’.

Tampoco dará conferencias sobre la lucha contra el narcotráfico. Porque Santos deja como legado el mayor ‘boom’ cocalero en toda la historia de un país latinoamericano. Ni hablará de política internacional, en la que deja débiles y timoratas las relaciones con los gringos, los nicaragüenses y los venezolanos.

Tampoco dará conferencias sobre la lucha contra la corrupción, un campo donde los escándalos diarios ocuparon las principales páginas de los medios colombianos: Odebrecht, Sena, Fonade, Cemex y los carteles de la alimentación. Y la corrupta financiación en las últimas elecciones a la Cámara, Senado y las Cortes, que demuestra que nada ha cambiado.

Santos tampoco puede hablar de su legado en materia de educación, una cartera en la que tuvo tres ministros que no sabían nada de educación. Ni podrá mencionar su supuesto compromiso con la ciencia y la innovación, en el cual tuvo nueve directores del Colciencias y varios —y muy cuestionados— directores del Sena.

Tampoco dará conferencias sobre su legado en materia de minas y energía, por donde pasaron siete ministros en el ramo. ¡Siete ministros en ocho años! Siete cambiazos que no le permitieron planear políticas a largo plazo ni diseñar mecanismos para delimitar las consultas previas, que hoy tienen el sector minero contra las cuerdas.

Entonces, ¿de qué hablará Juan Manuel Santos como conferencista internacional para cobrar 300 millones de pesos por una hora? Claramente, no podrá ser sobre el buen gobierno, ese que tanto pregonó como mantra durante estos ocho años.

Me muero de la pena, pero yo no veo esas conferencias por ningún lado. A excepción, tal vez, de la feroz lucha que dio el superintendente Pablo Felipe Robledo para combatir los carteles del empresariado. O del buen gerente que nombró como presidente de Ecopetrol: Felipe Bayona, un hombre ajeno a la politiquería y los intereses económicos que se mueven detrás de los contratos.

Pero, más allá de esas dos cosas, no les veo tema a las conferencias internacionales que dictará Juan Manuel Santos. **Paola Ochoa**

Fue el sociólogo y ex ministro de educación del gobierno postsoviético húngaro, Bálint Magyar, quien acuñó el concepto de Estado-mafia. Una autocracia de nuevo cuño, fundada sobre bases consanguíneas y familiares, que podría compararse con el Estado hitleriano en su fase terminal, como ya lo previera Theodor Adorno en 1940 respecto del régimen hitleriano. Hubiera podido agregar: es la dictadura de un Estado-mafia. No estamos frente a una dictadura convencional —un hombre fuerte rodeado de sus esbirros y mercenarios, a la cabeza de un partido único y totalitario o de un ejército todopoderoso. Sino frente a un jefe de pandillas, un capo di mafia, un pater familias montado sobre el trono de un gran sindicato hampón cuya función no es dictar, o influir ideológicamente sobre la sociedad y conducirla hacia un fin trascendente, como es el caso de una dictadura convencional, sea capitalista o socialista, sino disponer, distribuir, repartir y asegurar los fondos del gran botín de una nación, cuya posesión absoluta es su único y exclusivo propósito. Saquear las riquezas nacionales al servicio de mafias globales —rusas, chinas, islámicas— hasta convertir un país rico y próspero en una piltrafa exangüe y moribunda. Utilizándolo como plataforma de expansión del crimen global, comenzando por el narcoterrorismo. Sin importar las consecuencias.

La oposición venezolana, la misma que tras cuarenta años de democracia representativa se ha habituado a manejarse acordando, maniobrando y resolviendo en los pasillos de palacio tras sus trozos de la torta petrolera, nunca entendió que que detrás de Chávez se encontraba el castro comunismo cubano y un proyecto de dominación totalitario que no entraría por el aro de una resolución democrática, electoral, pacífica de los conflictos.

El socialismo del siglo XXI fracasó, quedó atrás, como lo ha reconocido su inventor, Heinz Dieterich; sus señuelos yacen esparcidos por las cloacas y basurales de Venezuela. Ningún marxista del patio se reconoce en este Estado mafioso. Es el profundo cambio que se ha operado en el seno de los sectores políticos y académicos que respaldaran el proyecto socialista del teniente coronel. Nicolás Maduro, Tareck el Aissami, Diosdado Cabello, Jorge Rodríguez, Tarek William Saab y Vladimir Padrino no son marxistas-leninistas: son capos de mafias, jefes de pandillas, rufianes a cargo del saqueo de Venezuela hasta sus últimas migajas. Son la última expresión del Estado-mafia. Sus depositantes y poseedores están mucho más cerca de Al Capone, Lucky Luciano, Pablo Escobar Gaviria o el Chapo Guzmán que de Stalin y de Kruchev. **Antonio Sánchez García.**